



**Fernán Caballero**

## **El pícaro pajarillo**

Había vez y vez un pajarito, que se fue a un sastre, y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó la medida, y le dijo que a los tres días le tendría acabado. Fue en seguida a un sombrero, y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por último, fue a un zapatero, y el zapatero le tomó medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer día. Cuando llegó el plazo señalado se fue al sastre, que tenía el vestidito de lana acabado, y le dijo:

-Póngamelo usted sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó a volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistiose el pajarito con su ropa nueva y se fue al jardín del Rey; se posó sobre un árbol que había delante del balcón del comedor, y se puso a cantar mientras el Rey comía:

Más bonito estoy con mi vestidito de lana,  
que no el Rey con su manto de grana.  
Más bonito estoy con mi vestidito de lana,  
que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así sucedió. Después de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.

Cuando se vio el pajarito en el estómago del Rey, que parecía una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar a dar sendos picotazos a derecha e izquierda.

El Rey se puso a quejarse, y a decir que le había sentado mal la comida, y que le dolía el estómago.

Vinieron los médicos, y le dieron a su Real Majestad un menjunge de la botica para que vomitase; y conforme empezó a vomitar, lo primero que salió fue el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fue y se zambulló en la fuente, y enseguida se fue a una carpintería, y se untó todo el cuerpo de cola; fuese después a todos los pájaros, y les contó lo que le había pasado, y les pidió a cada uno una plumita, y se la iban dando; y como estaba untado de cola, se le iban pegando. Como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que antes, con tantos colores como un ramillete. Entonces se puso a dar voltes por el árbol que estaba delante del balcón del Rey, cantando que se las pelaba:

¿A quién pasó lo que a mí?  
En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo:

-¡Que cojan a ese pícaro pajarito!

Pero él, que estaba sobre aviso, echó a volar que bebía los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la Luna.

El Carlanco

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iban por los montes vio a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó:

-¡Dios te lo pague, que has hecho una buena obra de caridad! -le dijo la avispa a la cabra-. Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual echó a volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

-Voy al monte por una carguita de leña. Vosotras —70&#8594; encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie, porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abriréis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!  
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo

había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman a la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco!  
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde dentro:

¡Ábrela, guapo!

Y como no pudo, se fue hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fue y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo a las chivitas, que fue lo propio del día antes. A la tarde se vino muy dequedito, y remedando la voz de la cabra, se puso a decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!  
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta, y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!  
Que soy la madre que os parí.

Ellas, desde su sobrado, le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó:

-¿Quién es? -pregunto la tornera.

-Madre, soy una cabrita, para servir a usted.

-¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas?

¡Vaya, ni por pienso! Pasa tu camino y Dios te ayude -dijo la tornera.

-Llame usted a la madre abadesa, que traigo prisa -dijo la cabrita-; si no voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

-Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón -le dijo-. Vamos a tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó y echó a correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,  
y allí me dieron dos quesos:  
uno para mí, y el otro  
para el que escuchare aquesto.

Otra versión del Carlanco

Había tres ovejitas que se reunieron para labrarse una casita; hiciéronlo así con muchas ramitas y yerbecitas, y después de concluida, la mayor se metió en ella, atrancó la puerta y dejó a las otras fuera; las otras no tuvieron más remedio que labrarse otra, y concluida que fue, la mayor de las dos se metió dentro, cerró la puerta y dejó a la más chica fuera, sola y abandonada. Echose esta a llorar, cuando acertó a pasar un albañil, y le preguntó que qué tenía, y la ovejita se lo contó. Entonces el albañil le labró una casa muy buena, con sus paredes de cantos y su techo de teja; además, revistió la puerta y toda la casa de púas de hierro, por si venía el Carlanco que se clavase en ellas.

Vino el Carlanco, y llegando a la casita de la oveja mayor, dijo:

Abre la puerta al Carlanco,  
Si no te mato.  
La ovejita contestó:  
-Ábrela, guapo.

Entonces echó la puerta, que era de ramas, abajo, y se la comió, y lo mismo sucedió con la segunda; pero cuando llegó a la casa de la tercera dijo:

Abre la puerta al Carlanco,  
Si no te mato.  
La ovejita contestó:  
-Ábrela, guapo.

Entonces se echó con tanta furia contra la puerta, que se clavó todas las púas y se quedó muerto.

Benibaire

Había una vez tres cabritas muy pobrecitas, y la mayor dijo:

-¿Qué haremos?

La segunda contestó:

-No lo sé.

Y la tercera dijo:

-Yo sí que lo sé. Vamos a casa de Benibaire, y hurtaremos tres cantaritos de aceite.

-Bien lo has pensado -contestaron las otras-. Vamos allá.

Después de andar una legua, sintieron una voz que decía:

-Be, be.

Vieron un gran carnero; se asustaron y echaron a huir.

Huir, huir.

Que nos va a embestir.

Pero el carnero les gritó:

-No os asustéis. ¿Adónde vais?

Ellas le contestaron:

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya? -dijo el carnero.

Le respondieron:

-Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que dijo:

-Miau, miau.

Y vieron un gato negro muy grande; se asustaron y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir.

Que nos va a arañar.

Pero el gato les gritó:

-No os asustéis; no os arañaré. ¿Adónde vais?

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que gritaba:

-Kikirikí...

Y vieron a un gallo muy fiero; se asustaron y echaron a correr, diciendo:

Huir, huir.

Que nos picará.

Díjoles el gallo:

-No os asustéis; no os picaré. ¿Dónde vais?

-En casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron un montón de estiércol; se

asustaron y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir.  
Que nos ensuciará.

Dijo el estiércol:

-No tengáis miedo; no os ensuciaré. ¿Adónde vais?

-En casa de Benibaire a hurtar tres cantaros de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron una aguja capotera; se asustaron, y dijeron:

Huir, huir.  
Que nos pinchará.

Dijo la aguja:

-No tengáis miedo, que no os pincharé. ¿Dónde vais?

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y llegaron a casa de Benibaire, y como era de noche, estaba la puerta cerrada.

-¿Cómo entraremos? -dijeron las cabritas.

A lo que contestó el gallo:

-Yo, gallo galloso, volaré, y volaré al tejado, y me entraré por la chimenea.

Y así lo hizo, y les abrió la puerta.

Entraron en la casa, y dijeron:

-¿Dónde nos esconderemos?

El gallo dijo:

-Yo ya tengo puesto; me iré al humero.

El gato se escondió en la ceniza; el estiércol en las pajuelas; la aguja se metió en la toalla, y el carnero se metió detrás de la puerta. Entonces se fueron las cabritas a las tinajas a sacar el aceite.

Estando sacándolo se les cayó el embudo, y se despertó Benibaire, que dijo:

-¡Ay, Señor! ¡Ladrones han entrado en mi casa!

Se levantó y fue al humero, y miró por el cañón de la chimenea a ver si era de día. Estando mirando le cayó en los ojos una porquería que el gallo le echó, y se quedó ciego; fue a tientas a buscar las pajuelas para encender, y como el estiércol estaba entre ellas, se ensució todas las manos.

-¡Ay, Señor! -dijo-. ¡Qué manos tengo tan sucias!

Y fue a buscar la toalla para limpiarse, y como estaba clavada en ella la aguja capotera, se la clavó; fue a encender luz en el ojo del gato, y este se abalanzó y le arañó todo; fue huyendo para salir a la calle, y cuando llegó a la puerta salió el carnero y le dio una topada por

detrás que le echó a rodar; se fue al molino huyendo, se cayó en el río y se ahogó, y las cabritas se quedaron hechas amas de la casa, y lo pasaron muy bien, y yo fui y vine y no me dieron nada, sino unos zapatitos de cobre, otros de cristal, otros de azúcar y otros de cordobán; estos me los puse, los de cristal se me rompieron, los de azúcar me los comí, y los de cobre son para ti.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

